

João Guimarães Rosa

**Dos relatos de *Primeiras estórias*
(1962)***

*Traslación (hasta ahora inédita) de Andrés Sjens.

João Guimarães Rosa
Dos relatos de Primeiras estórias (1962)

El caballo que bebía cerveza

La chacra del hombre quedaba medio oculta, oscurecida por los árboles, pues jamás se vio plantar tamaños y tantos alrededor de una casa. Era extranjero. De mi madre oí cómo, en el año de la gripe española, llegó cauteloso y asustado, para adquirir ese lugar del todo protegido, y la casa, donde de cualquier ventana alcanzaba a vigilar a la distancia, manos en la escopeta; en ese tiempo, no siendo aún tan gordo como para enojar a cualquiera. Decían que comía inmundicias a manos llenas: caramujos, caracoles de tierra, incluso ratas, con su porción de lechuga sacada de un balde de agua. Almorzaba y cenaba fuera, en el umbral de la puerta, el balde entre sus gruesas piernas, en el suelo, más las lechugas; a excepción de la carne, esa, legítima de vaca, cocinada. Gastaba no poco en cerveza, que en público no bebía. Si llegaba a pasar por ahí, me pedía: — “Irivalini, necesito otra botella, es para el caballo...” No suelo preguntar, no le encontraba la gracia. A veces le traía, a veces no, y él me indemnizaba el dinero, con yapa. Todo en él me daba lata. Nunca aprendía a pronunciar bien mi nombre. Ultraje u ofensa, no suelo perdonar ninguna — ni ninguna.

Fuéramos de las pocas personas que pasábamos por delante de su portón, mi madre y yo, para atravesar por una tabla paupérrima el riacho — “De ahí le viene, desgraciado, penó en la guerra...” — mi madre, explicaba. Él se rodeaba de varios perros crecidos, para vigilar la chacra. Aunque no nos gustase, uno nos parecía, animal asustado, antipático — el menos bien tratado; y que hacía todo lo posible, aun así, por no alejarse de los pies de él, quien estaba, en todo momento, de puro desprecio, llamando al endiablado perro “Mussulino”. Se me removía el rencor: de que un hombre de esos, rechoncho, panzón, ronco de catarros, extranjero hasta las náuseas — si era justo que poseyese el dinero y el estado, viniendo a comprar tierra cristiana, sin honrar la pobreza de los demás, y encomendando docenas de cervezas, para pronunciar malas palabras. ¿Cerveza? Dado que tuviera sus caballos, cuatro o tres, siempre descansando, no los montaba ni permitía que se los montase. Ni caminar, casi, les permitía. ¡Cabron! Se lo pasaba piteando unos cigarros, puros pequeños, malolientes, muy mascados y chupados. Merecía su escarmiento. Sujeto sistemático, con su morada cerrada, pensara que todo el mundo era ladrón.

A mi madre, de cierto, él la estimaba, tratándola con benevolencia. Conmigo no progresaba — de mi ira no disponía. Ni cuando mi madre enfermó, grave, y él ofreció

plata para los remedios. Acepté; ¿quién hay que viva de no? No agradecí, pero. Es claro que tenía remordimientos de ser extranjero y rico. E incluso, no mejoró la cosa, mi santa madre se fue para las oscuridades, lo dado del hombre diose para pagar el entierro. Después, exploró si yo quería ir a trabajar para él. Raciociné, claro. Sabía que soy sin temor, en mis momentos altos, y que enfrento a unos y a otros, y que en la comarca la gente poco me encara. Sólo si era para tener mi protección, día y noche, contra vicios y adventicios. Tanto, que no me dio ni un servicio para cumplir, sino que yo era para holgazanear, mientras anduviera con las armas. Pero, las compras para él, las hacía. — “Cerveza, Irivalini. Es para el caballo...” — lo que decía en serio, en esa lengua de freír huevos. ¡Me maldijera! Ese hombre aún había de vérselas conmigo.

Lo que más me extrañó fue esos encubrimientos. En la casa, grande, antigua, con tranca noche y día, nadie entraba; ni para comer, ni para cocinar. Todo ocurría del lado de acá de las puertas. Él mismo, imagino que raramente ahí se introducía, a no ser para dormir o para guardar la cerveza — ah, ah, ah — que era para el caballo. Y yo, conmigo — “Tú, espera nomás, inmundo, por si, días más o menos, no estoy yo bien aquí, ni en lo que haya lo que hay”. Era que, a esas alturas, yo debía haber ya contactado a las personas correctas, narrar los absurdos, pidiendo providencias, disolver mis dudas. No hice lo fácil. Pero, por ahí, también, aparecieron esos — los de afuera.

Sagaces ambos, hombres llegando de la capital. ¿Quién me llamó por ellos? Fue don Priscilio, subdelegado. Dijo: — “Reivalino Belarmino, estas personas, aquí, son autoridades, de confianza de demás”. Y los de afuera, llevándome aparte, me llenaron de preguntas. Todo, para extraerme noticias del hombre, querían saber, al detalle. Lo permití, pero, no proporcionando de veras nada. ¿Quién soy yo, casi, para que algún perro me ladre? Sólo tuve escrúpulos, por los atrevimientos de ellos, sujetos a cubierto, disimulados, y también ordinarios. Pero, me pagaron, su buen tanto. El principal de los dos, el de la mano en la barbilla, me acometió: que, siendo mi patrón alguien muy peligroso, ¿cómo era que vivía solo? Y que me fijase, en la primera ocasión, si él no tenía en una pierna, abajo, seña de algún viejo collar, argolla de fierro, de criminal fugado. Pues sí, medio prometí.

Peligroso, ¿para mí? — ah, ah. Puede, qué va, que en su mocedad pudiera haber sido hombre. Pero, ahora, panzudo, regalón, lento, sólo quería cerveza — para el caballo. Desgracia suya. No que yo me quejase por mí, que nunca aprecié la cerveza; si me gustase, compraba, bebía, o pedía, él mismo me la diera. Él decía que tampoco le gustaba, nada. De veras. Consumía solo la porción de lechugas, con carne, con la boca llena, asqueroso, con harto aceite, martingala que devoraba. Por demás, estaba medio desnortado; ¿sabría él de la venida de los de afuera? Marca de esclavo en alguna pierna suya no vi, ni me preocupé de eso. ¿Soy acaso servicial al funcionariado de esos descogitados de tanto celar? Más bien yo quería entender, no más fuera por una grieta, aquella

casa, bajo llave, alquilada. Hasta los perros comenzaban a estar mansos y amigables. Pero, parece que don Giovanio desconfió. Porque, para mi sorpresa, me llamó, abrió la puerta. Ahí dentro olía a cosa siempre encerrada, no daba buen aire. La sala, grande, vacía, desprovista de todo mobiliario, sólo para espacios. Él, de a propósito, me dejó mirar por mi cuenta, anduvo conmigo por diversas piezas, me satisfizo. Uy, pero después, acá conmigo, recibí aviso, y al cabo la idea: ¿y los cuartos? Había muchos, y no había entrado en todos, resguardados. Detrás de alguna de aquellas puertas — ¿sólo más tarde presentí hálito de presencia? Ah, el carcamán quería dárseles de experto; ¿y yo no lo era más?

Además, unos días después, se supo de a oídas, una tarde noche, varias veces, galopes en lo yermo del llano, de un caballero saliendo por el portón de la chacra. ¿Fuera? En tal caso el hombre me engañaba tanto, como para llegar a hacerme imaginar una fantasmagoría de hombre lobo. Sólo esa divagación, que no acababa de entender, para dar razón de algo: ¿y si él tuviera, incluso, un extraño caballo siempre escondido ahí dentro, en lo oscuro de la casa?

Don Priscilio me llamó, justo otra vez, esa misma semana. Los de afuera estaban ahí, de maleantes; sólo entré a medias en la conversa; uno de ellos escuché que trabajaba para el “Consulado”. Pero conté todo, o algo, por venganza, y en detalle. Los de afuera, entonces, instaron a don Priscilio. Ellos querían permanecer ocultos, don Priscilio debía ir solo. Pero me pagaron.

Yo andaba por ahí fingiendo ni ser ni saber, feliz de la vida. Don Priscilio apareció, habló con don Giovanio, sobre qué historias serían esas, de un caballo bebiendo cerveza. Apuraba como él sabía hacerlo, presionaba. Don Giovanio estaba muy cansado, movía la cabeza lentamente, aspirando el drenaje de la nariz hasta el cabo del cigarro; pero no le puso al otro mala cara. Se pasó la mano por la cabeza: — “¿Ley, quiere ver?” Salió, para volver con una canasta con botellas llenas, y una vasija de madera; en ella vertió todo, hasta la espuma. Me mandó ir a buscar el caballo: el alazán canela claro, bello rostro. El cual — ¿era de creer? — avanzó, avisado, de astrales orejas, redondeando las ventas, lamiéndose: corpulento, bebió el rumor de todo aquello, hasta el fondo; y nosotros, ahí viendo que estaba ya medio bebido, cebado. ¿Cuándo fuera que fuera enseñado, posible? Pues el caballo quería aún más y más cerveza. Don Priscilio se avergonzaba, con lo que agradeció y se fue. Mi patrón silbó una pizca, luego miró hacia mi lado: — “Irivalini, ¡cómo estos tiempos cambian mal! Asentí. Reí: que tuviese tanta maña y patraña. Aun así, casi que aún me disgustaba.

⁹ Aquí, como en otras intervenciones de don Giovanio, la distancia entre el portugués y el italiano se vuelve difusa, complicando la translación: *Lei, quer ver?* Más adelante: *Irivalini, eco* — donde hacen eco los mismos términos portugueses *eco* y *ecó* (grito que dan los cazadores cuando azuzan a los perros) así como el italiano *ecco* (he aquí). Y así, otras. (NdT).

En tanto, cuando los de afuera volvieron a venir, dije lo que cogitaba: que alguna otra razón tendría que haber en los cuartos de la casa. Don Priscilio, entonces, vino como soldado. Sólo pronunció: que quería revisar las piezas, ¡por la justicia! Don Giovanio, en pie de paz, encendió otro cigarro, estando siempre cuerdo. Abrió la casa, para que don Priscilio entrara, el soldado; y yo también. ¿Los cuartos? Fue directo a uno, que estaba bien cerrado. Y lo pasmoso: que ahí dentro, enorme, sólo tenía lo singular — por decir: la cosa que no tenía que existir —, un caballo blanco, de peluche. Tan perfecto, la cara cuadrada, como ninguno de juegos de niño; claro, blanquillo, limpio, crinado y ancado, alto y vuelto una iglesia — caballo de San Jorge. ¿Cómo podía haber sido traído aquello, o hecho venir, y entrado ahí, acondicionado? Don Priscilio, insípido, allende toda admiración. Palpó aún el caballo, mucho, no hallando en él hueco ni contento. Don Giovanio, cuando quedó solo conmigo, mascó el cigarro: — ”Irivalini, pecado fuera que a nosotros dos no nos guste la cerveza, ah? Concordé. Tuve ganas de contarle lo que por detrás estaba pasando.

Don Priscilio, y los de fuera, estuvieran ya purgados de curiosidades. Pero yo no vislumbraba aún el sentido de todo esto: ¿y los otros cuartos de la casa, lo detrás de las puertas? Debían haber hecho la búsqueda completa, de una vez. Sea: que yo no fuera a recordarles ese rumbo a ellos, no soy maestro de corregir los lapsus. Don Priscilio conversaba más conmigo, pensativo: — ”Irivalini, eco, la vida es bruta, los hombres son malandras”. Yo no quería preguntar con respecto al caballo blanco, insignificancias, debe haber sido lo suyo de estima suma en la guerra. — ”Irivalini, pero, ¡apreciamos tanto la vida...!” Quería que comiese con él, pero su nariz olía mal, y el moco, aspirando lo expirado, y él a cigarro por todas partes olía. Terrible asunto, acompañar a aquel hombre, a no decir sus desgracias. Salí, entonces, fui donde don Priscilio, hablé: ¡que no quería saber nada de nada, de aquellos, los de fuera, de rumores, ni a jugar con el palo de dos puntas! Si volvían a venir, concurría con ellos, alucinaba, me entreveraba — ¡alto ahí! —, esto, aquí, es Brasil; ellos también eran extranjeros. Soy de sacar puñal y arma. Don Priscilio lo sabía. Sólo que no sabía dar sorpresas.

Fue de repente. Don Giovanio abrió de par en par la puerta. Me llamó: en la sala, en el medio del piso, yacía un hombre, debajo de una frazada — “Josepe, mi hermano”... — me dijo, emocionado. Quiso el padre, quiso el sino de la Iglesia tocar a veces, tristemente, los tres dobles. Nadie nunca había sabido de tal hermano, que se hallaba escondido, en fuga de la comunicación de las personas. Aquel entierro fue reputado. Don Giovanio podía enorgullecerse, ante todos. Sólo que, antes, don Priscilio llegó, supongo que los de afuera le habían prometido dinero; exigió que se levantase la frazada, para examinar. Pero, ahí se vio sólo el horror, de todos nosotros, con caridad de ojos: el muerto no tenía rostro alguno, a decir verdad: sólo un agujero enorme, herida antigua, espantosa, sin nariz, sin semblante — percibíamos ojos blancos, el comienzo de

la garganta, el gaznate, el cuello. — “pues esta es la guerra...” — explicó don Giovanio — boca de bobo, que se olvidó cerrar, dulzura pura.

Ahora, ya quería yo enrumbarme, ir andando, allí ya no me servía, en la chacra incauta y desdichada, con lo oscuro de los árboles tan alrededor. Don Giovanio estaba del lado de afuera, conforme a su costumbre de tantos años. Pero, achacoso, envejecido, súbitamente, en el trance de un manifiesto dolor. Pero comía, su carne, las cabezas de lechuga, en el balde, y aspiraba fuerte y con ruido su cigarro. — “Irivalini... que esta vida... requiere. ¿Caramba? — preguntaba, en tono de canto. Medio enrojecido me observaba. — “Ya entreveo...” — respondí. No por enojo no le di abrazo, por vergüenza fuera, para no tener los ojos también en lágrimas. Y, entonces, él hizo la cosa más insólita: destapó una cerveza, hasta que se espumase. — ¿Andamos, Irivalini, campesino, bambino?” — propuso. Acepté. A los vasos, veinte o treinta, iba yo por esa cerveza, toda. Sereno, me pidió que llevara conmigo, al irme lejos, el caballo — alazán bebedor — y aquel perro pesaroso y flaco, Mussulino.

No volví a ver a mi patrón. Supe que había muerto cuando, en su testamento, me dejó la chacra. Mandé construir sepulturas, decir misas para él, para su hermano, para mi madre. Mandé vender el lugar, pero, primero, que cortaran los árboles, y enterraran en el campo el mobiliario, que había, en ese referido cuarto. Nunca volví. No, que no me olvido de aquel dichoso día — lo que fue por compasión. Nosotros dos, y las botellas, imaginé que algún otro habría de sobrevivir aún, por detrás de nosotros, también, por su parte: el alazán de hocico albo; o el blanco enorme, de San Juan; o el hermano, pavorosamente infeliz. Ilusión fuera, nadie allí estaba. Yo, Reivalino Belarmino, al cabo atiné. Me vine bebiendo todas las botellas que quedaban, haciendo como si fuera yo mismo quien consumiera toda la cerveza de aquella casa para acabar el engaño.

La niña de ahí

Su casa quedaba hacia atrás de la sierra del Mí, casi en el medio de humedal de aguas limpias, lugar llamado Temor de Dios. El padre, pequeño propietario, trabajaba con vacas y arroz; la madre, urucuyana, nunca alejaba el rosario de la mano, incluso cuando mataba gallinas o pasaba malos ratos con alguien. Y ella, pequeñita, por nombre María, por sobrenombre Niniña, naciera ya para menuda, cabezona y con ojos enormes.

No parecía mirar o avistar a propósito. Permanecía quieta, no quería brujas de algodón o de lino, juguete alguno, siempre sentadita donde se hallase, poco se apuraba. — “Nadie entiende mucho lo que habla...” — decía el padre, con cierto espanto. Menos por lo extraño de las palabras, porque, sólo en raros casos ella preguntaba, por

ejemplo: — “¿Él se burló?” — y, vaya usted a saber, quién o qué, jamás se sabría. Más bien, por lo exquisito del juicio o lo adornado del sentido. Con risa imprevista: — “Hija única no ve la luna...” — decía. O refería relatos, absurdos, vagos, todo muy corto: de la abeja que voló hacia una nube; de un lote de niñas y niños sentados alrededor de una mesa de dulces, grande, grande, por un tiempo que no acababa; o de la precisión para hacer listas con las cosas que día a día vamos perdiendo. Nomás la pura vida.

Em general, con todo, Niniña, con sus ni aún cuatro años, no incomodaba a nadie, y no se hacía notar, a no ser por la perfecta calma, inmovilidad y silencios. Ni parecía que le gustaba o disgustaba especialmente de cosa alguna. Le daban la comida, y ella continuaba sentada, el plato de verduras en el regazo, comía luego la carne o el huevo, los tocinos, lo que fuera más sabroso y atrayente, e iba consumiendo luego el resto, poroto, arroz molido, calabaza, con artística lentitud. De verla tan perpétua e imperturbable, a veces, de repente, la gente se asustaba. — “Niniña, ¿qué es lo que está haciendo?” — preguntaban. Y ella respondía, estirada, sonriente, moduladamente: — “Yo... toy... ha-cien-do”. Hacía vacíos. ¿Fuera acaso un tanto boba?

Nada la intimidaba. Oía al padre queriendo que la madre colase un café fuerte, y comentaba, sonriendo: — “Niño pedigüeño... Niño pedigüeño...”. También acostumbraba dirigirse a la madre de esta manera: — “Niña grande... Niña grande...”. Con eso padre y madre solían irritarse. En vano. Niniña sólo murmuraba: — “Deja... Deja...” — suavesísima, inhábil como una flor. Lo mismo decía cuando venían a llamarla para cualquier novedad, de esas que entusiasman a niños y adultos. No le importaban los acontecimientos. Tranquila, tierna de salud. Nadie tenía real poder sobre ella, no se sabían sus preferencias. ¿Cómo castigarla? Y, golpearla, no osaban; ni tampoco había motivo. Pero, el respeto que tenía por madre o padre parecía más una especie de tolerancia. Y a Niniña yo le gustaba.

Conversábamos, justo ahora. Ella apreciaba el abrigo de la noche. — “¡Llenitas!”, miraba las estrellas, delebles, sobre-humanas. Las llamaba “estrellitas pía-pía”. Repetía: — “¡Todo naciendo!” — era esa su exclamación predilecta, en muchas ocasiones, demorando una sonrisa. Y el aire. Decía que el aire estaba con olor a recuerdos — “No vemos cuando el viento se acaba...”. Estaba en la quinta, vestidita de amarillo. Lo que hablaba, a veces era común; éramos nosotros que la oíamos exagerada: — “Alturas de urubuir...” No, dijera sólo: — “... alturas del urubú no ir”.¹⁰ El dedito llegaba casi hasta el cielo. Se acordó de: — “Jabuticaba de venme-a-ver...”. Luego suspiraba. — “Quiero ir para allá”. ¿Adónde? — “No sé”. Ahí observó: — “El pajarito desapareció de puro cantar...”. De hecho, el pajarito había estado cantando y, con el transcurrir del tiempo,

¹⁰ *Urubú* es el buitre negro americano, también llamado zopilote o gallinazo. Luego se mencionan otros nombres de flora y fauna brasileira: la *juticaba*, o guapurú, es un árbol nativo de Brasil que pertenece a la familia de las mirtáceas. Y el *sabiá* es un tipo de zorzal, de bien conocida poética prosapia.

pensé que no estaba ya oyendo; ahora, el pajarito se interrumpió. De ahí en adelante, Niniña pasó a llamar al sabiá “Señora Vecina...”. Y tenía respuestas más largas: — “¿Y-yo? Toy teniendo saudade”. En otro momento, se hablaba de parientes ya muertos, y ella se rio: — “Voy a visitarlos...”. Reprendí, di consejos, dije que ella estaba en la luna. Me miró, como ridiculizando, sus ojos muy perspectivas: — “¿Él te hizo burla?” Nunca más vi a Niniña.

Sé, con todo, que por ahí ella comenzó a hacer milagros.

Ni madre ni padre descubrieron la maravilla repentina. Sino Tiantonia. Parece que fue en la mañana. Niniña, sola, sentada observando la nada ante de la gente: — “Yo quería que el sapo viniera aquí”. Si bien la oyeron, pensaron que era una tontera, uno de sus disparates de siempre. Tiantonia, de costumbre, le llamó la atención con el dedo. Pero ahí, recto, a los saltos, el ser entraba en la sala, hasta los pies de Niniña — y no el sapo de ancha barriga, sino una bella rata del pantano, llegando desde lo verdoso, la verdísima rata. Visitas de esas jamás se habían dado. Y ella se rio: — “Está funcionando un hechizo...” Los demás se pasmaron, enmudecieron.

Días después, con el mismo sosiego: — “Yo quería una pamoñita de guayaba...” — susurró; y, en menos de media hora, llegó una señora, de lejos, que traía los pancitos de guayaba enrollada en hojas de maíz. ¿Eso, quién lo entendía? Ni los otros prodigios, que se fueron sucediendo. Lo que ella quería, que hablaba, de súbito ocurría. Sólo que quería bien poco, y siempre cosas ligeras y descuidadas, lo que no pone ni quita. Así, cuando la madre sufrió de dolores, y que no tenía remedio, no hubo cómo hacer para que Niniña le dijese la cura. Sonreía apenas, diciéndose en secreto: — “Deixa... Deixa...” — no había cómo despersuadirla. Pero vino, morosamente, abrazó a la madre y la besó, calentita. La madre, que la miraba como con perpleja y algo aterrada fe, se sanó en un minuto. Supieran que tenía ella también otros modos.

Decidieron guardar secreto. No fueran a venir ahí los curiosos, gente mal agendada e interesada, con escándalos. O los padres, o el obispo, quisieran ocuparse de la niña, llevándola un grave convento. Nadie, ni los parientes más cercanos, podía saber. También, el padre, Tiantonia y la madre, ni querían versar ni conversar, sentían un miedo extraordinario de la cosa. Y se ilusionaban.

Lo que el padre, al poco, no dejaba de aborrecer, era que de todo no se sacase el sensato provecho. Vino la sequía mayor, y hasta el humedal amenazaba con secarse. Experimentaron pidiéndole a Niniña: que quisiese lluvia. — “Pero, no puede, uy...” — sacudió ella la cabecita. Instaron: que, si no, se acaba todo, la leche, el arroz, la carne, los dulces, las rutas, el caldo de agua de azúcar. — “Deja... Deja...” — sonreía, reposada, y llegó a cerrar los ojos, al insistírsele, en el súbito amanecer de golondrinas.

De ahí, a dos mañanas quiso: quería el arco iris. Llovió. Y luego aparecía el arco-de- la-vieja, sobresalido en verde y amarillo — que era de un más vivo color rosa. Niniña se alegró, fuera de lo serio, al atardecer, con el refrescamiento. Hizo lo que nunca se le viera hacer, saltar y correr por la casa y la quinta. — “¿Adivinó, pajarito verde?” — padre y madre se preguntaban. Esos, los pajaritos, cantaban, de un reino, delegados. Mas ocurrió que, en algún momento, Tiantonia reprendiese a la niña, muy feroz, muy fuerte, inusitada, que ni la madre ni el padre lo entendieran, ni les gustara. Y Niniña, blanda, volvió a estar sentadita, inalterada como si nadie lo soñara, todavía más inmóvil, con su pajarito-verde pensamiento. Padre y madre cuchicheaban, contentos: que, cuando ella creciese, y afinara el juicio, iba a poder ayudarlos mucho, conforma la Providencia, de cierto, placía que fuera.

Y fuera: Niniña enfermó y falleció. Dícese que de las malas aguas de esos aires. Todos los actos vivos ocurren lejos, por demás.

Consabido aquel hecho, hubo muchos y diversos dolores, de todas y todes, de los de la casa: un de imprevisto enorme. La madre, el padre, la Tiantonia, decían que era lo mismo que si cada uno de ellos hubiera muerto por mitades. Y aún más, para repasar el corazón al verse cuando la madre desafiaba al rosario, pero, en vez de aves marías, sólo gimiendo eso de — “Menina grande... Menina grande...” — con ferocidad toda. Y el padre alisaba con las manos el banquito en que Niniña se sentaba tanto, y en que él mismo sentarse no podía, pues con el peso de su cuerpo de hombre el banquito se quebraba.

Ahora, necesitaban enviar el recado, al lugarejo, para hacer el ataúd y preparar el entierro, en compañía de vírgenes y ángeles. Ahí, Tiantonia agarró fuerza, y no era necesario contar: que aquel día, del arco iris de la lluvia, Niniña había pronunciado a despropósito desatino, por eso la amonestara. Lo que fuera: que quería un ataúdsiño color de rosa, con adornos verdes brillantes... ¡La agoraría! Ahora, ¿era para encomendarse el cajoncito así, su voluntad?

El padre, en lágrimas bruscas, vociferó: ¡que no! Uy, si se consintiese en eso, era como asumir culpa, y estar ayudando todavía a Niniña a morir...

La madre quería — comenzó a discutir con el padre. Pero, en lo más llanto, se serenó — la sonrisa tan buena, tan grande — suspendida en un pensamiento: que no era necesario encomendar, ni explicar, dado que tenía que salir bien así, de tal modo, color de rosa con verdes, fúnebres, ¡porque era, tenía que ser! — por el milagro, el de su hijita en la gloria, Santa Niniña.